

SAÚL GARCÍA

Cuando Pepita Dorta Brito (Haría, 1933) fue a la escuela por primera vez, con seis o siete años, ya se sabía “la cartilla” porque se la había enseñado su padre, que era albañil. “Y humildad aparte, era un buen albañil”, puntualiza. Hizo el edificio antiguo de la Caja de Ahorros en la plaza, y las antiguas escuelas. “Estaba haciendo una casa y se cayó y el que mandaba en la obra decía que no, que en lo que no trabajara maestro José, se paraba la obra”, recuerda.

Pepita enseña otra de las creaciones de su padre que guarda en casa: un cabecero de cama de madera que ya tiene más de cien años y que salió de un jayo, “y no se ha picado”. José era su padre y Dolores su madre, que le enseñó la técnica de la roseta, a la que ha dedicado media vida. Su madre “hacía roseta para comprarse alguna cosita” y también trabajaba en el campo, como casi todas las mujeres de aquella época. Pepita era la pequeña de cuatro, de tres hembras y un varón, “y la única que queda”.

Fue a la escuela de doña Isabel, una de las dos escuelas que había para niñas entonces en Haría, junto a la de doña Mercedes. A Pepita le hubiera gustado seguir estudiando: “Me encantaba”, dice, así que cuando tuvo hijos ya tenía claro que tenían que estudiar. Pero a los 14 años le “sacaron de la escuela” porque para seguir había que pagar y no había dinero, aunque don Santiago, “un maestro que vivía aquí cerca”, dice, le orientó: “¿Pepita, y por qué no pide beca y estudia?”. No pudo ser. Tenía que echar una mano en la casa cuando sus padres estaban en el campo. “Yo cuando veo así a muchas personas, digo, pues eso lo hubiera hecho yo bastante bien”, explica ahora sobre la posibilidad de estudiar.

Además de las cosas de casa, empezó a cuidar de su abuelo. Fue el primero pero no el único. Se puede decir que se pasó media juventud trabajando y cuidando ancianos. Después de su abuelo vino otra señora “que estaba un poco enferma”, pero consistía en quedarse a dormir con ella y tan solo pasó “dos o tres malas noches”. Y también cuidó a la señora Eulogia y a otra señora que había vuelto de Buenos Aires y no sabía leer ni escribir, y Pepita le leía las cartas de sus hijas y las respondía con lo que le parecía. No aceptó el encargo de cuidarla en la primera ocasión, porque “después dos ancianos son celosos”.

Pero no todo fue trabajar. A Pepita le gustaban los bailes, de soltera cuando iba al baile de

Pepita Dorta: “Hablar mucho es sinónimo de indiscreción”

A Pepita Dorta le hubiera gustado poder estudiar, pero tuvo que ayudar en casa y cuidar ancianos, y se ganó la vida con la roseta y el bordado



Pepita Dorta, en su casa. Foto: Adriel Perdomo.

Joaquín Rodríguez, *el Canuto*, del brazo de su abuela, y de casada también, cuando iba con su marido, Servando Pérez. No se perdían uno, hasta que su marido falleció. Ahí terminaron los bailes. “Nosotros íbamos a los bailes, los empezábamos y los terminábamos”.

Pepita ha vivido toda su vida en Haría, incluso en la misma casa, aunque arreglada. Solo hubo un paréntesis de cinco años en los que se trasladó a La Palma porque su marido era de allí, de Breña Baja. En La Palma nacieron sus dos primeros hijos y el tercero nació en Haría “de casualidad”. Pepita tenía un vecino “que tenía una esperancita” sobre ella. Casarse con ella, nada menos. Pero a ella no le gustaba, y al final se casó con una chica

de La Palma, que hizo el papel de intermediaria, una especie de Tinder pretecnológico. “Yo me saqué una foto y se la di a ella y después esa chica se la llevó a él, que por cierto él estaba hablando con una prima de ella, para que vea cómo son las cosas”, explica Pepita con todo detalle. La foto hizo su efecto porque, a la primera, el palmero, que después fue su marido, ya dijo que se iba a casar con ella. “Y vino a casa del vecino”, añade.

Ahí empezó el noviazgo, primero de forma tímida, cada uno a un lado de la puerta, ella dentro y él fuera, con el postiguito echado. “Ese fue el primer encuentro, y después, pues nada, empezamos a escribirnos en plan serio”. El noviazgo no duró mucho porque, al margen del

enamoramamiento, la boda libraba a Servando de tener que ir al cuartel porque era hijo de viuda y optaron por la solución más rápida y más práctica.

Servando trabajaba en las plantaneras en Breña Baja y Pepita empezó a aprender el bordado, o borde, palmero, que se hace sobre un paño, a diferencia de la roseta. Y a eso se dedicó unos cuantos años. Después decidieron volver a Lanzarote porque los padres de Pepita ya estaban muy mayores y estaban solos. Servando se fue una temporada al Sáhara y después, a la vuelta, puso un bar, y Pepita siguió con la roseta y el borde palmero, que en Haría se conocía menos. Aunque no era tan sencillo, lo resume así: “Tres perritas que ganara una fuera”. Le vendía la roseta

a Rafael, a Pedro Placeres o a la tienda de López, que era otro intermediario.

Dice que lo importante es “tener buena vista” y que los motivos o las decoraciones se elegían o bien se imponían en función del encargo. En La Palma, el sistema de trabajo del bordado era como el de la roseta en Lanzarote: se compraba el hilo en las tiendas y se dejaban allí los trabajos.

Talleres

En Haría fue una de las primeras en comenzar en el Taller de Artesanía del Ayuntamiento, el que está junto al mercado de abastos, con el bordado palmero y también con la roseta. Y también fue una de las primeras en el mercadillo de los sábados, en la Plaza, donde se ponía a trabajar en el puesto y a vender las creaciones. “Me ponía a bordar allí delante para que se viera todo”, explica, y recuerda que le vendió un paño, un mantel grande, “en forma de T”, a Carmen Romero, la mujer de Felipe González, que por entonces era el presidente del Gobierno.

Dice que con la roseta y el bordado cuesta “ganar una perra” porque a veces hay que trabajar hasta de noche y “eso gasta mucha vista porque tiene una que estar pendiente de hacerlo bien”. A ella le gustaba más trabajar en soledad, tranquila, pero dice que ya los años y sus manos no lo permiten. Dice que “ya no tiene movimiento”, ni fuerzas, que está “inútil” pero que tiene ánimo, ganas de vivir y “espíritu para hablar”: “Hablar mucho es sinónimo de indiscreción, pero se divierte una y divierte al otro”.

Pepita nunca ha dejado de hacer cosas. Es una mujer muy activa. Recogía ropa usada o incluso nueva para vender en el rastro de la parroquia, para enviarle el dinero a Manolín, un cura que se fue a Mozambique, pero esa actividad se cerró por la pandemia y no ha vuelto. También ha hecho teatro. Recuerda una obra en el Centro Cultural La Tegala, en la que se resaltaba el papel de los abuelos. Manuel Bailón Barreto hizo el papel de abuelo y ella el de abuela, y le rezaba a San Pedro para que la dejaba entrar en el cielo, pero la mandó al infierno.

“YO NO DEJO EL PUEBLO DE HARÍA POR VIENA”

“Como tengo una hija casada en el extranjero, pues he ido al extranjero”. Su hija vive en Viena (Austria) y ha ido muchas veces, no solo a Viena, sino a muchos países de Europa central. Una vez fueron a Alemania, “por ver Alemania en coche, una noche enterita, desde el oscurecer hasta por la mañana”. Y a Madeira con su marido, que también le gustaba viajar. “Así que no me quejo de la vida”, dice. Cuando nació su nieta, que ya tiene veinte años, como la madre “estaba estudiando y ayudándole al marido”, que es dentis-

ta, pues iba muchas veces a echarle una mano. Para entenderse allí o ir a la tiendita del barrio hacia lo que podía, y hasta hizo amistad con la vecina, que le decía a su nieta que qué pena no saber hablar con su abuela, porque le caía muy bien... “Pero me mandan recuerdos y todo”. -¿Y le gusta Viena a usted? -“No, yo la encuentro triste. Las capitales son tristes. No, yo no dejo el pueblo de Haría por Viena. Sí, hay cosas bonitas, pero no es una cosa...”.